## TARDE PRIMERA.

NOS HALLAMOS ACTUALMENTE EN EL CIBLO

Y LA TIERRA ES UN ASTRO

Las apariencias: parece que la Tierra forma la parte inferior del mundo, y que los astros y el Cielo forman la parte superior. — La realidad: situacion de la Tierra en el espacio y su movimiento alrededor del Sol. Las estrellas. Los otros mundos planetarios. — Fenómenos celestes causados por el movimiento de la Tierra alrededor del Sol. — Traslaciones aparentes del Sol, de la Luna y de los planetas á lo largo del Zodicco. — Perspectivas celestes. Ideas primitivas, astonómicas y religiosas, nacidas de la observacion de estos movimientos.

Las circunstancias que nos habian reunido á la orilla del mar y que dieron lugar á las siguientes sesiones, ya se han expresado en nuestra indicacion preliminar. En el momento de empezar estas reuniones, el Astrónomo, sentado en su antiguo sillon de roble, contemplaba con aire pensativo el reflejo rojizo de las lejanas ondas, y dejaba vagar errante su mirada por el horizonte. Todos nos hallábamos sentados sin órden ni simetría; delante de la fachada del châlet se habian colocado unas mesitas para tomar el té. Un gran silencio envolvia la montaña, y en lugar de turbarle el rumor creciente del mar, parecia aun aumentarle. Como la reunion estaba completa y las conversaciones particulares se iban

16

apagando para dar lugar al entretenimiento científico, el astrónomo empezó, poco mas ó menos en los términos siguientes:

Acaba de hundirse el Sol en el Océano, dijo sin apartar los ojos del encendido horizonte, y señalando con la mano el punto donde habia desaparecido el astro. Su paso permanece todavía marcado en el cielo del ocaso, por fajas de fuego que colorean las nubes: el dios del dia reina ahora sobre el meridiano de otros pueblos, y el crepúsculo que viene tras él, extiende ya su velo á través de nuestra atmósfera. La Luna, en creciente, va brillando mas, y esparce una luz plateada por el tranquilo ambiente. Distínguense las estrellas mas brillantes, Arturo, Vega, la Cabrilla, las siete de la Osa mayor, y hasta la estrella polar tambien, y Casiopea. El mar no muje esta tarde, y parece apaciguado, como si el recogimiento de la naturaleza en esta hora silenciosa, le invitase á fijar la atencion con nosotros en el espectáculo del cielo; sus ondas vienen á lamer suavemente la orilla, y no se oye mas que el cadencioso murmullo de la ola que llega y que se retira. ¿No parece que esta escena ha sido expresamente preparada esta noche para nosotros? El ambiente, de una límpida trasparencia, está iluminado por una tibia claridad y perfumado por el agreste olor de los musgos, que tapizan las rocas. Mucho tiempo hace que el Sol, la Luna, las Estrellas, el Cielo y todos sus mundos, parece que salen, brillan y se ocultan. . . ; mucho tiempo hace que las constelaciones resplandecen por la noche sobre la cabeza de los mortales y caminan silenciosas de Oriente à Occidente...; mucho tiempo hace que las ondas del mar vienen á acariciar el duro granito de sus costas. . . ; y mucho tiempo hace tambien, que los hombres han dirigido, como hacemos nosotros esta noche, sus ávidas miradas hácia la misteriosa bóveda del

cielo, preguntándose en qué consiste ese firmamento estrellado, y cuál es la condicion de la Tierra en medio de ese movimiento universal... Parecióles á esos hombres, primeros investigadores de los secretos de la naturaleza, parecióles, como lo parece hoy á nuestros ojos, que el Cielo era una bóveda clevada y ancharosa, sujeta á la constelacion de las estrellas, y que la Tierra era una inmensa superficie plana, base sólida del mundo, sobre la que reside el hombre con la cabeza levantada hácia la parte superior del Universo. Dos regiones bien distintas parecian de este modo componer el Universo; lo alto, ó el aire, el espacio celeste, los diversos astros movibles, las estrellas fijas, y por cima de todo el Cielo eterno; y lo bajo, ó la tierra y los mares, el mundo material, cuya superficie está ataviada con los adornos de la vida vegetal, y cuyas profundidades sólidas se componen de minerales, metales, piedras y sustancias pesadas, capaces de constituir los cimientos del mundo.

En efecto, continuó el astrónomo, muy pronto tendremos ocasion de comprobar en nuestras conversaciones, que entre las curiosas hipótesis imaginadas por el entendimiento humano para explicarse el estado de la creacion, esa cualidad de la Tierra y del Cielo, domina como un monumento construido por la naturaleza, en el que no se ha hecho despues mas que variar las formas secundarias, el adorno exterior, las esculturas y los calados de fantasía, sin modificar la arquitectura general del edificio. Esta natural concepcion de un sistema del mundo tan sencillo, como el que se limita á suponer la Tierra en lo bajo del mundo, cual un sostén sólido é indestructible, y al Cielo puesto como una cúpula sobre la superficie terrestre; esta suposicion, digo, constituye al mismo tiempo la base de todos los sistemas religiosos, necesariamente edificados sobre

la estructura astronómica, y que desde el orígen de la humanidad han intentado representarnos nuestros destinos presentes y futuros y la condicion de nuestro espíritu. Parece, en efecto, que el testimonio de nuestros sentidos sea en esta la expresion sencilla y clara de la realidad.

— Sin duda que esta exposicion, observó le marquesa, debemos entenderla bajo el punto de vista histórico; porque no cabe duda que ahora ya no se cree en esa oposicion del Cielo y de la Tierra. Todo el mundo sabe que la Tierra es un planeta.

-Me permitiré, respondió el astrónomo, no participar de tan buena opinion. Hay todavía (y quizá no todos me creerán aquí, pero yo os lo puedo asegurar como un hecho de observacion), hay todavía muchas personas, tanto masculinas como femeninas, que no tienen mas que una idea vaga, y soberanamente falsa, de la forma y de la situacion de la Tierra, y que se imaginan, sin podérselo en verdad explicar muy bien, que el Cielo es una bóveda azul, de una sustancia misteriosa y puesta como una cúpula sobre la superficie de la Tierra. Otras, sabiendo con mas ó menos exactitud que la Tierra es una esfera aislada, suspendida en el vacío, suponen que se sostiene en el aire, y consideran el Cielo como una esfera mucho mas grande que envuelve á nuestro globo hasta una inmensa distancia. Cuando uno les pregunta qué es lo que en su hipótesis sostiene á la Tierra en medio del Cielo, demuestran con su extrañeza que semejante cuestion les ha parecido siempre insoluble, etc. Esta ignorancia, mucho mas general de lo que ciertas gentes se sienten dispuestas á creer, tiene por primera causa la insuficiencia de la primera educacion, sobre todo (¿por qué no confesarlo?) en las mujeres; y por segunda la forma abstracta y ávidamente matemática en que se habia creido hasta hoy poderse enseñar la astronomía.

— Dispensad, interrumpió con ingenuidad la hija del capitan; acaso el Cielo no es una bóveda azul?

-¿Una bóveda azul? ¿Y cómo os la representais?

-¿Cómo?.... replicó con alguna perplejidad la niña....; me la represento como una bóveda.... no sé precisamente....

- Material ... sólida?
- -No enteramente.

-¿Cómo no enteramente?

—No, sólida no, pero sin embargo, bastante sólida... en fin, vais á reiros de mí, dijo ella riendo á su vez; pero yo siempre habia creido que estaba hecha de una sustancia del género de... el almidon.

No pudimos menos de reirnos al oir esta inesperada revelacion, y la conversacion iba á dividirse en mil asuntos, tales como la enseñanza de la cosmografia en las pensiones, lo original de las ilusiones, etc., cuando el astrónomo volvió á su interrumpido asunto.

Sin embargo, la Historia del Cielo no dejaria en nuestro ánimo resultados positivos y útiles, añadió, si no consentimos desde esta primera soirées en emanciparnos inmediatamente de esa antigua figuracion que divide el Universo en dos partes: el Cielo y la Tierra. Es preciso que tengamos el valor de abandonar, sin pena ni cuidado, la creencia que nos han impuesto nuestros débiles y engañadores sentidos; y que desde este momento nos sirvamos de las luces con que nos ha dotado la ciencia desde hace tres siglos, para disipar las tinieblas que favorecian nuestra ignorancia cosmográfica. En efecto, á pesar de la sencillez de nuestra vulgar repre-

sentacion, á pesar del atractivo que hallamos en contemplar sin fatiga esas hermosas puestas del sol, en pensar que todo lo de este mundo se ha hecho para nosotros, en sentirnos los reyes, ó bajo una imágen mas oriental, los bajás de la creacion; á pesar del debido respeto á opiniones seculares é ilustres, creo que será muy bueno para nosotros inaugurar resueltamente nuestras reuniones con la siguiente proposicion: La Tierra no está debajo del Cielo: el Cielo no es extraño á la Tierra: la Tierra flota á través del Cielo, y nosotros vivimos actualmente en el Cielo.

—Creo que esta idea ha de gustar á muchas gentes, dijo el diputado.

-Si se pudiese demostrar, añadió el pastor.

— Nada mas fácil, replicó el astrónomo. Sí, vivimos actualmente en el Cielo, ni mas ni menos que si habitáramos en Júpiter 6 en Vénus. La Tierra es un astro del Cielo, y no se diferencia, ni por su naturaleza ni por su posicion, de las otras tierras celestes, que como ella se balancean en el espacio, bajo el influjo de las fuerzas cósmicas. Esta proposicion puede parecer, á primera vista, temeraria y aun paradógica; pero no es mas que la expresion de la verdad. Estamos ahora en el Cielo, hemos estado siempre en él, y en él permaneceremos siempre. Por extraño que pueda pareceros, señores, es incuestionable que en este año de 1867, bajo el pontificado de Pio IX y bajo el reinado de Napoleon III, nos hallamos en el Cielo.

— Veo con gusto, interrumpió el diputado de la oposicion, que no se cultivan con menos brillantez las paradojas en el Observatorio que en el Cuerpo legislativo.

-Pero esto no es una paradoja, continuó el astrónomo. El

único método que pudiéramos emplear para apreciar exactamente la condicion cosmográfica de la Tierra, es el de suponernos colocados, no en ella, sino inmóbiles, junto á ella, en el espacio, en lugar de ser, como ahora, llevados por su mismo movimiento. Aislados de este modo del globo, podriamos observarle sin prevencion, sin una idea preconcebida, sin patriotismo, y comprobar su movimiento astronómico. Sabemos, en efecto, que para apreciar el movimiento de un cuerpo es menester no pertenecer á este mevimiento. Cuando nos hallamos en la cubierta de un buque no podemos apreciar la marcha del buque. Cuando viajamos tranquilamente, sentados en la barquilla de un globo aerostático, ya marche por encima, por debajo 6 á través de las nubes, no tenemos idea alguna de la velocidad que nos arrastra, sino al contrario, nos sentimos perfectamente quietos, aunque nos empuje (como lo he experimentado por mí mismo) una rapidez mayor que la de un tren express. Para apercibirnos de nuestra carrera, necesitamos observar con mucho cuidado los paisajes que pasan por debajo de nosotros, notando los puntos de comparacion, cuando nuestra perpendicular cae sobre algun signo que pueda marcarse en nuestros mapas, como un campanario, una estacion, un lago, al atravesar un rio ó un camino, etc. Esto es precisamente lo que sucede en el girar de la tierra, que nos arrebata sin apercibirnos por el espacio con una rapidez sin igual. Para apreciarla debemos suponernos colocados fuera de su movimiento, como el que permanece en la orilla del mar, cuando un buque se hace á la vela, ó el que ve pasar delante de sí un rápido tren en un camino de hierro.

Colocados de este modo en el espacio, no lejos de la vía celeste que sigue en su curso el globo terrestre, veriamos primeramente ese 22

globo venir de lejos bajo el aspecto de una estrella que va aumentando de tamaño. Haciéndose mas y mas grande el volúmen aparente del globo, á medida que se acerca hácia nosotros, pronto le veriamos del diámetro de la Luna llena. Ya entonces podriamos distinguir su superficie, los continentes y los mares, el polo resplandeciendo de blancura y la atmósfera jaspeada de nubes. El globo sigue abultando y pareciéndonos cada vez mayor. Empezaria a percibirse el movimiento de rotacion sobre sí mismo, por el movimiento general de su superficie de Oeste & Este. Reconoceriamos en seguida las diversas partes del mundo, los dos grandes triángulos que forma la América, la Europa tan dentada en todo su perímetro, el Africa de color ocre, las bandas ecuatoriales y las zonas meteóricas; queriendo distinguir á fuerza de atencion los menores detalles de su superficie, y encontrar sin duda con nuestros ojos una region cubierta de verdor, que no ocupa en él mas que una milésima parte y que se llama la Francia. Mas ¡que es esto! esa bola giratoria sigue creciendo y creciendo más todavía; ya ocupa la mitad del Cielo, se acerca, se nos viene encima como un monstruo colosal ante nuestros ojos, que inmobiliza el espanto; un momento percibimos el confuso tumulto de las bestias feroces de los trópicos y de los hombres de las regiones templadas...; pero ya la inmensa bola, siguiendo su curso, pasa y se hunde pesada en las profundidades sin Umites del espacio. Despues, disminuyendo á medida que se va alejando, desaparece de nuestra vista dejando confuso nuestro espíritu, sumido en la contemplacion de tal espectáculo....

-Y estamos tan tranquilamente sentados á la orilla del mar, dijo la marquesa. Pero si pensáramos en eso, nadie dormiria. —Sobre esa bola nos arrastramos todos, diseminados como imperceptibles hormigas, continuó el astrónomo, y arrebatados por el insondable espacio, con una violencia vertiginosa que la imaginacion mas potente no se sabria figurar.

La velocidad que lleva nuestro planeta por el vacío sin límites, es de 27,500 leguas por hora, ó de 660,000 leguas por dia!...

Hé aquí de qué modo viajamos incesantemente en el Cielo, con una rapidez que excede á la marcha de un tren express, cuanto excede la de este al tardo paso de una tortuga!

—Es la primera vez, dijo el filósofo, que esa verdad me hace tanta impresion.

— La Tierra en que nos encontramos es, pues, un astro, continuó el primer orador; tal es la verdad fundamental de que, una
vez por todas, debemos penetrarnos bien. Y cual se mueve nuestro globo, todos esos astros innumerables que vemos brillar, ya sea
con luz propia ó con luz prestada; todo ese ejército de estrellas y
de planetas, esos millares de millares de mundos se mueven en todos sentidos y en todas direcciones, con velocidades análogas á las
que acabamos de comprobar en la Tierra, y aun incomparablemente
mayores muchas veces, y en el seno de lo infinito esos millones de
globos circulan como gigantes precipitados á través de las inmensidades del espacio, de tal modo, que ante los ojos que pudiesen
abarcarla en su magnitud, apareceria su extension infinita, surcada
en todas las direcciones por la multitud de esos formidables cuerpos, cayendo unos y otros en el abismo sin fondo del vacío eterno.

La línea imaginaria recorrida en una hora por nuestro errante globo, es una línea recta de 27,500 leguas. La que recorre en un dia es tambien casi una línea recta; pero el curso total de la Tierra es una clipse, una casi circunferencia, que recorre en 365 dias y 6 horas, y que mide 241 millones de leguas; círculo de tal extension, que una longitud de cien mil leguas tomada en él, no le causa inflexion alguna.

En el centro de ese gigantesco círculo descrito por el astro-Tierra en su formidable curso, está el Sol, globo inmenso con relacion al que habitamos; pues si comparamos las dimensiones de la Tierra con las de una bala de cañon, las del Sol estarán representadas por una bola del tamaño de la cúpula del Panteon. El globo solar es un millon y cuatrocientas mil veces mayor que el nuestro, y trescientas cincuenta mil veces mas pesado. La distancia que nos separa de este astro central es de 38 millones 230 mil leguas. Esta distancia pertenece al órden de las magnitudes que exceden demasiado nuestra habitual comprension, para que nuestro débil cerebro pueda apreciarlas: aun reflexionando mucho tiempo sobre ello, no podemos ciertamente llegar á figurarnos una línea de 38 millones de veces cuatro kilómetros. Con menos dificultad nos formariamos esta idea, si nos figuramos que, para atravesar ese inmenso espacio que nos separa del Sol, se lanza una bala de cañon de á 24 que disparada por 6 kilógramos de pólvora, marche con una rapidez constante de 400 metros por segundo: en el primer minuto habria recorrido 24 kilómetros, en la primera hora 360 leguas, y al cumplirse un dia 8,640 leguas. Pues bien, aun con esta rapidez necesitaria sostener su vuelo meses y años: al terminar el primer afio su curso habria medido una línea de 3 millones 155,760 leguas; y para llegar al Sol, para medir la línea de nuestra distancia, para medir la línea de nuestra distancia, necesitaria esta bala incansable, conservando siempre viva su fuerza, viajar durante doce años y seis semanas!... Si acertamos á seguir con el pensamiento un tal viaje, podremos tal vez formarnos una idea menos vaga de la enormidad del espacio que separa el globo terrestre del globo solar.

A esta distancia gravita la Tierra en torno del Sol, con la prodigiosa rapidez que acabamos de ver: calcúlese por esto cuán poderosa es esa fuerza de atraccion universal, que de tal modo enlaza entre sí á dos globos á través de la inmensidad.

— Verdaderamente creo, dijo el historiador, que en la historia toda de las civilizaciones y de los progresos del entendimiento humano, no hay, no existe un órden de hechos que pueda rivalizar en elocuencia con la simple verdad astronómica.

-Para juzgar con exactitud de los fenómenos celestes, replicó el astrónomo, es preciso que nos representemos con toda claridad al Sól, gran globo inmóbil, y á la Tierra girando en un año en torno suyo, en medio de un inmenso espacio vacío. Supongamos, pues, que tenemos ante nuestra vista la circunferencia descrita por nuestro planeta en torno de su punto central, que es el Sol. Sabemos ahora que esta circunferencia se halla aislada en medio de un vasto desierto. En las extremidades de este desierto, allá á lo lejos, reinan resplandecientes otros soles, esparcidos por las profundidades, pero tan distantes de nosotros, que no nos parecen mas que pequeñas estrellas. Estas estrellas, por sus posiciones recíprocas y permanentes en unos mismos puntos del espacio, forman ciertas figuras geométricas mas ó menos regulares, triángulos de varias formas, rectángulos, líneas curvas, rectas ó mixtas, etc., que los habitantes de la tierra no han podido menos de observar y que han designado bajo el nombre de constelaciones. Pues bien, como la tierra describe en un año una circunferencia en deredor del Sol, interpone sucesivamente á este astro en toda la extension de la circunferencia de las constelaciones que se hallan en el plano de la órbita terrestre; es decir, en la prolongacion de los rayos sucesivos que, de cada punto ocupado por la Tierra en su movimiento, van á parar al Sol. Estas constelaciones forman una banda celeste que, como veremos mas adelante, se llama el Zodiaco. Una comparacion hará comprender esto mejor.

Supongámonos en la plaza de la Concordia junto al obelisco, y dando vueltas en torno de esta magnífica aguja de piedra. Todos conocemos la plaza de la Concordia, que hace cien años se llamaba la plaza de Luis XV, despues, y muy justamente, plaza de la Revolucion, y que vió en 93 el cadalso donde rodó la cabeza de Luis XVI. En el centro de esta plaza, Luis Felipe I, rey de los franceses hizo erigir, como se lee en letras doradas en la base de granito, el obelisco traido de Louqsor, el cual, acostumbrado en otro tiempo á los graves mi terios de la antigua patria de los esfinges, no cesa de admirarse, desde hace ya treinta años que allí se halla, del carácter frívolo de los Parisienses que pululan á sus piés. Hácia Poniente, á la extremidad de la hermosa avenida de los Campos Elíseos, se ve alzado con su grandeza y majestad el Arco de Triunfo de la Estrella, el mas bello monumento de los tiempos modernos, si no fuera porque re presenta una gloria demasiado caramente adquirida. - Al Sur, el Cuerpo legislativo vela sobre los destinos de la Francia y se refiere cuentos á sí mismo para distraer sus ocios. - Al Este, iza su bandera el pabellon de las Tullerías tras un bosque tan sombrío como vicioso; y-al Norte, la Magdalena, monumento erigido á Marte, y destinado despues á un culto mas puro,

levanta su pórtico corintio mas allá de la avenida abierta por los dos edificios griegos de Luis XIV. Una vez orientados, y convenido por otra parte que marchamos en derredor del obelisco describiendo un círculo, la plaza de la Concordia representa para nosotros el espacio planetario, el obelisco será el Sol, nosotros la Tierra, y el horizonte parisiense, en el que acabamos de escoger cuatro puntos principales, será el círculo de las constelaciones, situado en la prolongacion del plano de la órbita terreste.

Supongamos que venimos del arrabal de San German ó del barrio Latino por el puente de la Concordia, y que empezamos nuestra marcha circular de derecha á izquierda, como si nos dirigiéramos á los Campos Elíseos, pero mirando siempre al obelisco. Pues bien, hé aquí las señales mas importantes que van á fijarnos, en pequeño, la marcha del Sol, segun los signos del Zodiaco, ó la del obelisco que se proyecta, á causa de nuestra traslacion, sobre los objetos, los árboles y los edificios situados al otro lado y enfrente de nosotros.

En nuestra primera posicion, nos hallamos colocados entre el Cuerpo legislativo y el obelisco; y este se proyecta contra la Magdalena, primer signo del Zodiaco. Marchamos como hemos dicho, y al llegar á la avenida de los Campos Elíseos, tenemos detrás de nosotros el Arco de Triunfo, pues queda concertado que hemos de mirar siempre al obelisco; y vemos que este, habiendo descrito un cuarto de círculo en sentido inverso de nuestro movimiento, se ha colocado ahora delante de la fachada del pabellon de las Tullerías. Continuamos siempre nuestro círculo y pronto nos hallamos entre el obelisco y la Magdalena; esto es, á 180 grados, ó justamente al lado opuesto del punto por el cual hemos empezado.

Entonces el obelisco eclipsa el centro de la fachada del Cuerpo legislativo. Avanzamos en nuestro pequeño viaje, yal llegar delante de las Tullerías, en la línea que conduce desde la verja del jardin al obelisco, vemos á este levantarse en medio del Arco de la Estrella. Por último, si concluimos nuestro círculo continuándolo hasta nuestro punto de partida, llegaremos á ver de nuevo el obelisco avanzando en apariencia hasta el fronton de la Magdalena.

Pues bien, ese es exactamente el viaje que hace la Tierra circulando en un año alrededor del Sol. Los edificios del Cielo son las constelaciones, y el Sol pasa por delante de ellas segun las posiciones que va tomando la Tierra.

—Hasta se puede, interrumpió con intencion el diputado de la izquierda, explicar de paso la correspondencia de nuestros cuatro edificios y las constelaciones del Zodiaco. Preciso es convenir en que la Magdalena representa en vuestra descripcion el primer signo, 6 sea al irreverente animal que se llama Aries (el carnero); las Tullerías. por una casualidad inexplicable, corresponden con Cáncer (el cangrejo); el Cuerpo legislativo está representado con justicia y legalidad por Libra (la balanza); y el Arco de Triunfo es un monumento elevado al titulado Capricornio, cabra salvaje originaria de ciertas islas áridas, cuyo afan es siempre trepar mas allá. ¿Qué os parece?

-Que si non é vero, é ben trovato! exclamó el profesor....

- Lo que son las casualidades, dijo sencillamente la marquesa.... Pero en fin, ya conocemos cuatro signos del Zodiaco.

—La circunferencia del Cielo, continuó el astrónomo, en la que parece proyectarse sucesivamente el Sol en virtud del movimiento de la Tierra alrededor de este astro, se ha dividido en doce partes, cada una de las cuales es recorrida en un mes. Por supuesto que el movimiento del Sol á través de los signos del Zodiaco no es mas que un efecto de perspectiva. Los que por excepcion, como esta señorita, no hayan visto todavía Paris y la plaza de la Concordia, se formarán de nuestra perspectiva celeste una idea igualmente exacta, si se figuran dar una vuelta en rededor de un árbol en una pradera. La comparacion es un poco campestre; pero como se trata de un movimiento celeste, del que pocas personas tienen una idea clara, espero que se me disimulará. Si una persona, pues, da una vuelta alrededor de un árbol, situado á algunos metros de distancia, verá que el árbol parece como que da vueltas tambien, pero en sentido contrario, escondiendo sucesivamente los matorrales, los montecillos y los cortijos diseminados en la campiña. Ese es el movimiento aparente del Sol á lo largo del círculo zodiacal.

Como el paso mensual del Sol por cada signo del Zodiaco designa la sucesion de los meses y de las estaciones, fija el calendario y las épocas importantes del año bajo el punto de vista de la agricultura y de las fiestas públicas, se comprende que haya sido observado y que haya desempeñado un gran papel en los orígenes de la historia y de, la astronomía.

Voy en seguida á nombrar esos signos, de que tendremos mucho que hablar en adelante y que todo el mundo debe saber de memoria, como se suele decir.

Uno de estos grupos toma el nombre de Aries T; el que le sigue, marchando de Occidente á Oriente, se llama Tauro &; el tercero toma el nombre de Geminis \*; el cuarto el de Cancer So. Vienen luego por su órden; Leo A, Virgo M, Libra =, Escorpion M, Sagitario I, Capricornio S, Acuario Z y Piscis H.